

Pérez Rosales trabajó con un restaurant en California

Por David Ojeda Leveque

Cerca de tres siglos estuvo en poder de los españoles el estado de California, sin que advirtieran las inagotables riquezas naturales y minerales, entre ellas el oro, que dormía casi a ras del suelo. Nadie se acordaba de California antes de 1841. Unicamente después de la guerra que hubo como resultado la anexión definitiva de ese territorio mejicano al de La Unión del norte en 1850. Sólo entonces se vino a comprender cuanto había perdido México con perder a California y cuánto habían ganado los norteamericanos con tal anexión, beneficiándose directamente la humanidad con un comercio y una industria más dinámicos y poderosos.

En 1848 la población de la alta California apenas

alcanzaba a 30.000 habitantes, siendo 15.000 los de origen indígena y 5.000 los españoles. Pero en 1852 se registra una población superior a 250.000 atraídos la mayoría por el oro y por sus perspectivas comerciales e industriales que ofrecían sus tierras.

El puerto de San Francisco, de poca actividad, donde sólo se divisaban faluchos dedicados a la pesca del salmón y uno que otro ballenero, causó asombro en el primer aniversario del descubrimiento del oro, impresionando como una verdadera selva de mástiles que exhibían todas las banderas del mundo. Se alcanzaron a contar, anclados en su magnífico puerto, 630 buques con 400.170 toneladas de capacidad. Un

progreso notable.

No todos los esforzados aventureros que llegaron a California eran mineros o gente que pensaba hartarse de oro. Había también comerciantes, industriales y artesanos. Su única meta era desplegar una actividad profesional con libertad y una estimulante remuneración. Paulatinamente se impulsó, además, la fecundidad de los campos vírgenes de California, siendo la agricultura otra potente atracción para toda esa gente que ansiaba progresar, aunque fuera muy lejos de su terruño natal. Una muestra feluyente la dio, para principiar, en 1852, cosechándose 33.995 hectólitros de trigo, 12.574 de avena, 370.173 de cebada y 174.143 de papas. Ese progreso agrícola alcanzó

una de sus máximas expresiones en 1878, saliendo por el puerto de California 216 cargamentos con 8.060.825 quintales de trigo representando un valor de 14.464.166 pesos; 2.612.777 quintales de harina y 41.000.000 de libras de lana. Todavía no contaba con un millón de habitantes y ya subsistía a muchos países extranjeros.

La prensa no fue propuesta, considerándose vital y necesaria para orientar y estimular ese creciente progreso material. El "California Star", "Alta California", "El Journal de Commerce", el "California Courier", el "Herald" y el "Evening Picayune" fueron unas de las tantas publicaciones que mantenían bien informados a los habitantes de California y de otros pueblos vecinos que se iban perfilando con relieves muy propios.

Los chilenos, desde luego, no podían faltar en esa formidable gestación de múltiples actividades

humanas, bien como mineros del oro o bien luchando en los campos del comercio y de la construcción.

Cupo al capitán John Sutter, hijo de los cantones suizos, establecer la primera colonia modelo. Esa tarea le significó incontables luchas contra los aborígenes que se evidenciaban reacios a los pasos de la civilización.

Por algo el general Gibsen, en la conmemoración realizada en 1946 en Filadelfia sobre la anexión de California a Estados Unidos, dijo estas palabras por Sutter.

"Al patriarca de California, al patriarca de Tell y de Washington, puro y valiente, de noble naturaleza y de bendado corazón, de benigno y generoso carácter, padre de cada uno de sus colonos y padre de todos juntos merece que se le erijan, no estatuas de mármol ni de bronce sino estatuas fundidas con el oro mismo de California".

Vicente Pérez Rosales trabajó en los lavaderos de oro, pero no con mucha suerte, decidiendo una vez explotar un restaurante.

Relata así los preliminares del negocio:

"Trabajé, al mismo tiempo, un pozo para la provisión de agua potable, y el trabajo fue confiado al barbero Juan Nepomuceno Espejo, quien olvidando el manejo de su antigua y leve pluma por el pesado hierro de una taca barreta, se las apostaba al más membrudo patán. Cuvaba él en el fondo de un agujero, y llenaba con tierra y piedras un balde que yo suspendía, después, con una cuerda. Recuerdo que cuando el agua llegaba a las redillas me gritaba con voz sepulcral: "Vicente, ¡ya será bastante bendura! mira que aquí me llevan los... y que recibía por toda contestación: "¡Trabaje no más, amigo, no me gane la pinta de balde!"

del Diario Austral, Seldiria, 11-IV-1986 p.2.

Pérez Rosales trabajó con un restaurant en California [artículo] David Ojeda Leveque.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ojeda Leveque, David

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pérez Rosales trabajó con un restaurant en California [artículo] David Ojeda Leveque.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile